LAS MUJERES Y LA PACIFICACIÓN EN CASAMANCE: PAPEL, RESILIENCIA Y RECONOCIMIENTO

Seynabou Male Cissé
Comité Regional de Solidaridad de Mujeres por la Paz en Casamance
CRSFPC/USOFORAL

Introducción

Desde hace más de cuatro décadas, la región de Casamance, al sur de Senegal, se ve afectada por un conflicto armado entre el Movimiento de Fuerzas Democráticas de Casamance (MFDC) y el Estado senegalés. Este conflicto, calificado de baja intensidad, ha tenido sin embargo efectos devastadores sobre la población civil, en particular sobre las mujeres. Estas últimas, a menudo marginadas en las negociaciones formales, han desempeñado sin embargo un papel destacado en los esfuerzos de mediación, la reconstrucción de los vínculos sociales y la movilización comunitaria en favor de la paz.

Este resumen pone de relieve las múltiples dinámicas que intervienen en la pacificación de Casamance, haciendo hincapié en el papel estratégico de las mujeres y el apoyo —a veces ambivalente— de la comunidad internacional. Abordaremos las dimensiones históricas y culturales del lugar que ocupan las mujeres, sus estrategias frente a la guerra, los mecanismos tradicionales de resolución de conflictos, la acción de organizaciones como USOFORAL y los avances y retos de la pacificación.

1. Contexto histórico y sociocultural de Casamance

Históricamente, Casamance siempre se ha distinguido por una fuerte identidad cultural y una resistencia firme ante cualquier forma de dominación, ya sea religiosa, política o colonial. La región, enclavada entre Gambia y Guinea-Bissau, sufre los efectos de su compleja geografía. La falta de continuidad territorial con el resto de Senegal, unida a las redes familiares y comerciales transfronterizas, refuerza la lógica de la autonomía local. Las fronteras coloniales, impuestas sin tener en cuenta las realidades etnolingüísticas, han dado lugar a una región profundamente conectada con sus vecindarios, pero políticamente marginada.

Esta situación particular ha favorecido la aparición de dinámicas sociales únicas en las que las mujeres ocupan un lugar central. Casamance es también una región con un enorme potencial económico, caracterizada por una riqueza natural excepcional, una gran diversidad étnica y una fuerte tradición de organización comunitaria.

2. Papel histórico y cultural de las mujeres en la sociedad casamanceña

En Casamance, las mujeres siempre han ocupado un lugar central en la dinámica comunitaria, espiritual y económica. En las sociedades *diolas*, las mujeres tienen una autoridad reconocida, tanto en las decisiones familiares como en la gestión de los bienes colectivos. El modelo matrilineal dominante confiere a las mujeres la responsabilidad de transmitir los conocimientos y las tierras.

También han sido protagonistas de la paz a través de procesiones rituales, prohibiciones sagradas y arbitrajes en los bosques sagrados. Figuras emblemáticas como Aliin Sitoye Jaata ilustran la capacidad de las mujeres para actuar como mediadoras, resistentes e incluso guardianas del tejido social. Incluso en las asambleas mixtas, su palabra tiene peso y, en algunas aldeas, se les consulta antes de tomar decisiones políticas importantes.

En algunas sociedades de la Baja Casamance, la palabra de las mujeres se tiene en alta consideración. Participan en los juicios colectivos y su voz cuenta en las decisiones de la justicia comunitaria. Su papel de mediadoras está arraigado en la cultura y valorado mediante símbolos poderosos como la calabaza, la escoba o el *pagne* (pareo/capulana), que se llevan en las ceremonias rituales. Se las percibe como reguladoras naturales de la sociedad y disponen de fetiches, lugares sagrados donde se toman decisiones importantes sobre la vida comunitaria.

Las mujeres han desempeñado un papel precursor: sacerdotisas, mediadoras, curanderas, han mantenido el equilibrio entre la espiritualidad, la gobernanza local y la vida económica. Su influencia también se ha manifestado a través de los sistemas de alianzas matrimoniales, las ceremonias rituales y los consejos de ancianos, en los que tenían voz y voto.

3. Impactos del conflicto y vulnerabilidades específicas de las mujeres

La guerra ha trastornado las estructuras sociales, exponiendo especialmente a las mujeres a múltiples formas de violencia: violaciones, secuestros, desplazamientos forzados, pérdida de medios de subsistencia. La desescolarización de las niñas para participar en actividades de supervivencia (comercio ambulante, horticultura) ha puesto en peligro los avances educativos. Se cerraron los mercados semanales y las carreteras minadas cortaron el acceso a los huertos y a los recursos vitales.

Las mujeres, a menudo abandonadas por los hombres que se exiliaron, tuvieron que afrontar solas los retos cotidianos, lo que acentuó su precariedad. Vieron cómo se debilitaban sus roles tradicionales de protectoras y cuidadoras, al tiempo que tenían

que hacer frente al estigma cuando se comprometían con la paz o eran sospechosas de colaborar con una u otra facción.

El conflicto provocó profundas rupturas sociales, fragmentando familias, enfrentando a hermanos en bandos opuestos y provocando desplazamientos internos o transfronterizos, especialmente hacia Gambia y Guinea-Bissau. Las mujeres se vieron a menudo obligadas a enfrentarse a peligros —minas, atracos, secuestros— para alimentar a sus familias. La desacralización de su papel maternal por la violencia sexual tuvo un impacto psicológico enorme.

En el plano psicológico, el conflicto ha tenido efectos duraderos, a menudo invisibles. Las mujeres no solo soportan los traumas de la guerra (violaciones, pérdida de hijos, exilio forzoso), sino también la pesada responsabilidad de garantizar la resiliencia colectiva. Rara vez tienen acceso a servicios de apoyo psicosocial y, con demasiada frecuencia, se minimiza su sufrimiento.

4. Estrategias de resiliencia y movilización femenina

A pesar de estas dificultades, las mujeres han reaccionado con fuerza e ingenio. Han creado huertos para garantizar una autosuficiencia alimentaria mínima, han montado pequeños comercios, han organizado *tontinas* (*xitikis* o fondos comunes de ahorro) y se han integrado en sistemas de microcrédito. Sin embargo, estos últimos han provocado en ocasiones un endeudamiento duradero, ya que algunos créditos se han desviado para hacer frente a emergencias sanitarias o alimentarias.

Las mujeres también han innovado en el ámbito social: procesiones simbólicas, rituales para prohibir las armas en determinadas zonas, mediaciones entre aldeas. Se han movilizado a escala regional y nacional a través de organizaciones, participando en foros, exposiciones, viajes de intercambio y cursos de formación en mediación y defensa de los derechos. Estas dinámicas han contribuido a estructurar un verdadero movimiento femenino por la paz, arraigado en las realidades locales pero abierto a lo internacional.

En las zonas más afectadas, las mujeres han reinventado los espacios sociales: han tomado la palabra en las asambleas aldeanas, han organizado reuniones intergeneracionales e intercomunitarias, a veces incluso en ausencia de los hombres, para reflexionar sobre las vías de reconciliación. Utilizaron herramientas tradicionales como cuentos, canciones y proverbios para sensibilizar a los jóvenes sobre la paz. Algunas iniciaron huelgas simbólicas, negándose a participar en los rituales mientras

persistiera la violencia. Otras hicieron llamamientos a los líderes religiosos, tradicionales y administrativos para exigir el fin de los combates.

En varios relatos recopilados por ONG locales, es frecuente escuchar que son las mujeres quienes, mediante gestos simbólicos como caminar entre dos pueblos en conflicto, han logrado restablecer el diálogo. A menudo invocan a los espíritus de los antepasados, la memoria de los linajes compartidos o la vergüenza social para apaciguar los conflictos. Su condición de madres, hermanas o esposas de los combatientes les confiere un estatus único para influir sin provocar.

5. Presentación de USOFORAL: misión, visión e impacto en la región

El Comité Regional de Solidaridad de Mujeres por la Paz en Casamance (USOFORAL) nació de la necesidad de coordinar y amplificar los esfuerzos de las mujeres por la paz. Desde 1999, esta organización ha estado en el centro de las iniciativas de mediación y reconstrucción del vínculo social, favoreciendo la sinergia entre mujeres rurales y urbanas, musulmanas, cristianas o practicantes de religiones tradicionales.

USOFORAL ha formado a cientos de mujeres en negociación, gestión no violenta de conflictos y defensa de los derechos en lenguas locales. Los viajes de intercambio, los foros de escucha y las exposiciones culturales, como «El *pagne* que habla», han permitido sensibilizar a las comunidades, reforzar la resiliencia colectiva y valorizar los relatos de sufrimiento y esperanza. USOFORAL también ha apoyado actividades generadoras de ingresos, como la producción de vinagre de mango, telas tradicionales o el ahorro solidario, consolidando así la paz a través del empoderamiento económico.

Una de las principales aportaciones de USOFORAL es haber federado a mujeres de diferentes zonas socioculturales —Niaguis, Oussouye, Enampore— en torno a foros como NOE. Estos eventos han permitido el intercambio de experiencias y la puesta en común de iniciativas. Gracias a la colaboración con otras asociaciones como APROFES en Kaolack, han podido descompartimentar el conflicto y situarlo en una perspectiva nacional. El enfoque de USOFORAL se basa en una visión holística: las mujeres necesitan paz, pero también autonomía, reconocimiento y espacio para ejercer su ciudadanía.

USOFORAL también ha sabido articular la tradición y la modernidad, valorizando los conocimientos ancestrales y combinándolos con las herramientas modernas de comunicación y gestión de conflictos. Al formar a las mujeres en técnicas de defensa y movilización ciudadana, en lenguas locales y en francés, la organización ha permitido

superar las barreras del analfabetismo y la falta de acceso a la información. Además, su trabajo sobre la memoria colectiva, a través de los testimonios de mujeres víctimas o supervivientes de la guerra, ha contribuido al reconocimiento social y a la legitimación de las luchas femeninas por la paz.

USOFORAL ha contribuido a paliar las carencias de apoyo psicosocial creando espacios de expresión, reconstrucción personal y reconexión con el colectivo. Estos espacios, a la vez terapéuticos y políticos, se han convertido en lugares donde surge una voz femenina fuerte y estructurada en torno a la paz.

Los foros comunitarios iniciados con la ayuda de USOFORAL han permitido a muchas mujeres expresar, a veces por primera vez, sus expectativas respecto al Estado, los jefes tradicionales y los líderes religiosos. En estos foros se han denunciado la lentitud del proceso de paz, la falta de servicios sociales, pero también la violencia doméstica, a menudo agravada por el contexto posbélico. Son espacios en los que se entrelazan la memoria del conflicto, las exigencias de justicia y los sueños de reconstrucción.

6. La comunidad internacional y el triple nexo: entre el apoyo y las limitaciones

Sobre el terreno, actores internacionales como la CEDEAO, la cooperación española o la Comunidad de Sant'Egidio han contribuido a la pacificación. El apoyo se ha centrado en la ayuda humanitaria de emergencia, los proyectos de desarrollo local y la facilitación del diálogo entre el Estado y el MFDC. Sin embargo, estas intervenciones han sido a menudo compartimentadas, poco coordinadas y alejadas de las dinámicas endógenas impulsadas por las mujeres.

El enfoque denominado «triple nexo», que vincula la ayuda humanitaria, el desarrollo y la paz, fue experimentado de manera intuitiva por las mujeres de Casamance mucho antes de su institucionalización por parte de las grandes agencias. Lo que los donantes definen como estrategia, las mujeres lo viven como una necesidad vital: acoger, reconstruir, reconciliar. Es indispensable un mayor reconocimiento de esta coherencia holística, así como una financiación adaptada a las realidades locales.

La comunidad internacional, aunque presente, aún debe aprender a confiar en las dinámicas locales. Las iniciativas de mujeres, a menudo informales pero muy eficaces, escapan a los esquemas clásicos de los donantes. Es necesario pasar de una lógica de proyectos puntuales a programas a largo plazo, centrados en las capacidades locales. Muchas mujeres expresan la necesidad de reconocimiento y continuidad: quieren ser socias de pleno derecho, no simples ejecutoras de proyectos decididos en otros lugares.

El desconocimiento de las dinámicas socioculturales locales ha dado lugar en ocasiones a fracasos notables: proyectos mal adaptados, intervenciones mal percibidas y pérdida de confianza de las comunidades. Sin embargo, existen instrumentos normativos internacionales —la resolución 1325 del Consejo de Seguridad, el Protocolo de Maputo, los mecanismos de la CEDEAO— que prevén explícitamente la participación de las mujeres en la paz y la seguridad. El reto sigue siendo su aplicación concreta a nivel comunitario. Lo que las mujeres piden no es ayuda caritativa, sino reconocimiento político y una asociación equitativa en la reconstrucción de su región.

7. Progresos registrados y retos persistentes

Gracias a los esfuerzos conjuntos de las comunidades locales, la sociedad civil y algunos socios, se han logrado avances notables: el retorno de las comunidades desplazadas, la reactivación de la agricultura, la rehabilitación de carreteras y la pacificación de las zonas fronterizas. Las mujeres han desempeñado un papel fundamental en la reconstrucción de los vínculos sociales, la mediación, la organización de ceremonias de perdón y el surgimiento de una economía de paz.

Sin embargo, siguen existiendo retos importantes: la fragmentación del MFDC, la presencia de minas, la exclusión política de las mujeres, la precariedad económica y el aumento de nuevos brotes de violencia social. La institucionalización del papel de las mujeres, su integración en los mecanismos formales de negociación y gobernanza, y el reconocimiento de los conocimientos endógenos deben consolidarse para garantizar una paz duradera.

Sigue existiendo una brecha significativa entre el reconocimiento simbólico del papel de las mujeres y su integración real en los mecanismos de toma de decisiones. Las mujeres suelen quedar relegadas a funciones de animación o movilización de base, sin acceso a los espacios donde se definen las grandes orientaciones. La persistencia de mentalidades patriarcales, la falta de financiación estructural de las organizaciones de mujeres y los retos de coordinación entre los diferentes niveles (local, regional y nacional) frenan el surgimiento de un liderazgo femenino duradero. A ello se suma la escasa visibilidad mediática de sus acciones, lo que refuerza su marginación.

Conclusión

En Casamance, las mujeres son mucho más que víctimas del conflicto: son los pilares de la resiliencia, las arquitectas silenciosas de la paz. A través de sus acciones

concretas, sus movilizaciones colectivas y su arraigo comunitario, han transformado el dolor en dinámicas de reconstrucción. Pero, a pesar de su papel central, siguen estando ampliamente ausentes de las esferas de decisión.

Es imperativo ir más allá de los enfoques simbólicos para institucionalizar su presencia, reconocer sus conocimientos y apoyar las prácticas de paz ya en marcha. La paz en Casamance no se logrará únicamente con acuerdos firmados en las capitales, sino con la apropiación, la acción y la escucha de quienes viven las realidades cotidianas.

Las mujeres casamancenses, artífices discretas pero decididas de la paz, encarnan una forma de liderazgo comunitario ejemplar. Su acción, a menudo despolitizada voluntariamente, se basa en las necesidades concretas de la población y se apoya en valores de solidaridad, escucha y valentía. Es hora de que las políticas nacionales e internacionales integren plenamente esta realidad. La paz solo podrá consolidarse si se construye juntamente con quienes, desde siempre, dan vida, protegen los lazos y curan las heridas del cuerpo social.

En definitiva, las mujeres de Casamance, al combinar el compromiso local, las tradiciones vivas y las alianzas inteligentes, sientan las bases para una paz arraigada, inclusiva y duradera. Escucharlas, apoyarlas e integrarlas en todas las políticas públicas es optar por una paz construida con y para las comunidades.

Recomendaciones

1. Reconocer a las mujeres como actrices esenciales en los procesos de paz y no como simples beneficiarias.
2. Incluir sistemáticamente a las mujeres en los mecanismos de toma de decisiones a nivel local, nacional y regional.
3. Valorar los enfoques culturales y tradicionales femeninos en la gestión de los conflictos.
4. Adaptar la financiación a las realidades de las organizaciones locales, a menudo informales pero eficaces.
5. Crear espacios seguros para las mujeres comprometidas con la mediación, proteger su integridad y su compromiso.

6. Multiplicar los intercambios entre mujeres artífices de la paz a nivel subregional y africano.
7. Integrar a las mujeres en los mecanismos nacionales de seguimiento de la aplicación de las resoluciones internacionales (1325, CEDEAO, UA).
8. Integrar la dimensión de género en todas las políticas públicas relacionadas con la seguridad, el desarrollo y la justicia en Casamance.
9. Apoyar la investigación-acción llevada a cabo por mujeres sobre los mecanismos endógenos de gestión de conflictos y reconciliación.
10. Fomentar la creación de redes transfronterizas de mujeres (Casamance-Gambia-Guinea Bissau) para un enfoque regional de la paz.
11. Crear un fondo regional para la paz gestionado por mujeres, con el fin de garantizar la financiación sostenible de sus acciones sobre el terreno, independientemente de los ciclos políticos o humanitarios.